

LA PROMISCUIDAD LINGÜÍSTICA EN CATALUÑA

VICTORIA CAMPS / ANNA ESTANY

El debate sobre la cuestión lingüística en Cataluña es la historia interminable. Periódicamente, y pese al cansancio y aburrimento infinito que producen tales discusiones, la trifulca resurge con fuerza. El sistema de inmersión lingüística en la enseñanza está asentado; lo amparan dos leyes sucesivas y lleva más de veinte años de rodaje. Aún así, el modelo se estremece cada vez que, como hace unos meses, algo interfiere en su supuesto plácido funcionamiento. Se trata ahora del decreto del Gobierno español, que pretende añadir una hora más –tres en total– a la docencia del castellano en el currículo.

Fricciones

La educación no es el único ámbito afectado por las fricciones. El pasado septiembre de 2006 el pregón de Elvira Lindo en las fiestas de la Merced volvió a abrir la caja de Pandora. ¿A quién se le ocurre invitar a una escritora que no puede expresarse en catalán! La feria de Frankfurt próxima, dedicada a la cultura catalana, es una mina de previsible polémicas, como lo fueron las últimas elecciones autonómicas, con el sorprendente éxito del nuevo partido Ciutadans/Ciudadanos, beligerante contra la política de inmersión lingüística que han suscrito todos los gobiernos. Cualquier pretexto vale para volver a poner sobre la mesa la cuestión de la lengua. Utilizamos a propósito el término “cuestión” y no “problema”, para descargar el debate de connotaciones positivas o negativas. Mejor que hablar de entrada de “la guerra de las lenguas” o “el problema lingüístico” es evitar cualquier toma de partido previa y dedicarse a analizar la situación.

En general, los catalanes, lo sean de origen o de adopción, dan por supuesto, e incluso por bueno, que Cataluña es una sociedad bilingüe. Las encuestas lo confirman: el 50% de los catalanes se sienten tan catalanes como españoles y su lengua materna se reparte igualmente entre el castellano y el catalán en una proporción similar. Esa es la hipótesis de la que partimos: Cataluña es una sociedad bilingüe, lingüísticamente “promiscua”, como lo reconocía no

hace mucho el escritor Sergi Pamies, con un concepto perfectamente adecuado a la realidad que se pretende describir. Lo explicaba el mismo Pamies con una anécdota de su cosecha: un libro suyo, escrito originariamente en catalán y traducido por él mismo al castellano, se presenta en Barcelona; la presentación discurre en catalán, si bien la crónica de la misma aparece al día siguiente en castellano, lo que no obsta para que los lectores la comenten y hablen de ella con sus amigos en catalán. ¿Un galimatías? En absoluto. Somos seguramente el país más bilingüe del mundo, capaces de mezclar frases en ambas lenguas sin apenas darnos cuenta de que lo hacemos. El bilingüismo, y no el monolingüismo que nunca ha existido en Cataluña, es nuestro hecho diferencial.

Normalmente, sin embargo, nadie da por válida tal hipótesis, que es políticamente incorrecta. Por lo que los debates se convierten de inmediato en un diálogo de sordos. Tras más de dos decenios de inmersión lingüística y de medios de comunicación audiovisual públicos exclusivamente en catalán, se hace difícil decir quién es en puridad castellano o catalanoparlante. La lengua materna es una cosa, pero la escolarización se hace en catalán; y el castellano sigue siendo, cómo no, una lengua potentísima en Cataluña. Es decir, no vivimos en una sociedad separada en dos mitades, una compuesta de castellanoparlantes y otra de catalanoparlantes, sino en una mezcla constante de ambas lenguas, en todas las situaciones imaginables: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en la televisión, ¡en el fútbol!. Sólo la prensa escrita mantiene su monolingüismo castellano, con escasas excepciones (*Avui*, prensa local, prensa gratuita). La única concesión que se permite un periódico tan enraizado como *La Vanguardia* es la de publicar cartas al director en catalán o en castellano respetando la escritura de origen. Una muestra más, el de las cartas al director, de la pluralidad lingüística de los catalanes.

Considerar que el criterio de la lengua predominante es el del núcleo familiar es equivocado porque no responde a la realidad. Pocas

personas encontraremos cuya vida transcurra al 100% en catalán (el slogan: *volem viure en català* sólo hace evidente la dificultad de conseguirlo en la práctica). Pero también es difícil vivir exclusivamente en castellano, pues es cierto que la expansión del catalán, sobre todo en la Barcelona urbana, ha sido espectacular con la democracia. Lo más corriente es el mestizaje de lenguas, el paso de la una a la otra a lo largo del día. Los tipos ideales del castellano o catalanoparlante puros son sólo eso, tipos ideales que sólo excepcionalmente la realidad ejemplifica.

Bilingüismo

La pregunta políticamente relevante es: dicha situación de promiscuidad o de bilingüismo ¿es deseable o indeseable? Así planteado, el interrogante nos lleva a distinguir tres aspectos diferenciables: lo que hay; lo que debería haber o deseáramos que hubiera; y lo que convendría hacer para que dicho deseo se hiciera realidad. Lo primero que habría que hacer, pues, es ponernos de acuerdo sobre lo que hay, sin duda el objetivo más difícil habida cuenta que los nacionalismos insisten en falsear la realidad eliminando sin escrúpulos lo que no coincide con sus intereses. Hoy por hoy, no tenemos una idea clara de la realidad lingüística de Cataluña porque los estudios o informes que nos la muestran parten de hipótesis falsas, hipótesis que esconden la realidad bilingüe de Cataluña. A partir de aquí, y si fuera posible ese primer acuerdo sobre cuál es nuestra realidad lingüística, empezáramos a discutir lo que deseamos y veríamos en qué y por qué discrepamos sobre el futuro imaginado. Es evidente que la complejidad lingüística de Cataluña será para unos buena y para otros mala. Tendremos que plantearnos, entonces, el coste que representa cambiarla; y quizá sea posible que todos y cada uno rebajemos un poco nuestras reivindicaciones en aras de la convivencia. Hacer de la necesidad virtud no es una mala opción; al contrario, puede redundar en ganancia para todos. Lo que aquí defendemos es que una realidad bilingüe como la catalana será más beneficiosa

que perjudicial.

Es a partir del bilingüismo como realidad indiscutible que hay que cuestionar la idoneidad de la política de “normalización” lingüística en la enseñanza, la cual, hay que decirlo, acaba siendo la política lingüística prioritaria. No en vano la unificación lingüística que tuvo lugar en muchos países europeos en el siglo XIX, siglo de la consolidación de los Estados-nación, tuvo como principal objetivo la educación. Entonces no existía la televisión, cuya existencia como televisión pública en Cataluña se justifica en primer lugar como instrumento de normalización lingüística.

Inmersión lingüística

Ahora bien, ¿qué es normalizar lingüísticamente un país como Cataluña? ¿Procurar que exista una sola lengua o potenciar la más débil para que permanezca en igualdad de condiciones con la más fuerte contribuyendo así a que impere el bilingüismo de que estamos hablando? Si la opción es la segunda –la única razonable y provechosa para todos a nuestro juicio pues en definitiva es la única posible– habría que dar unos cuantos toques a la política denominada de “inmersión lingüística” actualmente vigente. Con buen juicio, cuando se promulgó la primera ley de política lingüística en 1983 fue descartada como improcedente la doble línea escolar. Con buen juicio porque, como ar-

gumentaron los defensores de la línea única, lo contrario hubiera significado una fractura social en la escuela y, en consecuencia, una merma de la igualdad de oportunidades. Toda lengua lleva consigo un cierto prestigio social y, en estos momentos –a diferencia de lo que ocurría durante el franquismo– el prestigio lo tiene el catalán sobre el castellano. Condenar a los niños de origen castellanoparlante a una educación exclusiva en castellano hubiera sido sólo un perjuicio para ellos. Es más, dado que existe una voluntad clara de la mayoría de catalanes de preservar su lengua, es lógico que ésta esté presente sobre todo en la enseñanza, la única forma de que recupere su condición de lengua culta, hablada y escrita, y que sea aprendida y dominada por todos, autóctonos y foráneos.

Ahora bien, la apuesta por una sola línea, la catalana, como lengua vehicular de la escuela, puede llevarse a la práctica de muchas maneras. Y hay maneras mejores y más inteligentes que otras. Habría que corregir muchos errores cometidos en los últimos años. Uno de ellos, no haber tenido suficiente consideración con los profesores castellanoparlantes, exigiéndoles unos niveles de catalán (sin exceptuar a docentes que poco debieran utilizar el catalán en el aula, como los de lengua castellana, francesa o inglesa) que, en muchos casos, han reducido inmerecidamente sus posibilidades de promo-

ción, poniéndoles en situaciones humillantes y produciendo en cualquier caso una incomodidad y un malestar totalmente inútil. No es la idea de inmersión lingüística en sí misma, sino su aplicación, lo que ha dejado mucho que desear y ha suscitado críticas muy pertinentes a tal política.

La solución a una inquietud que no sería justo obviar no es, como se suele aducir desde algunos frentes muy minoritarios, instaurar dos líneas de enseñanza: una en catalán y la otra en castellano. Dada la realidad lingüística catalana y la evolución de los últimos años, dicha opción sería contraproducente y, además, no tendría muchos adeptos. Algunas escuelas de élite de Barcelona, privadas por supuesto de la subvención pública, han puesto en marcha la doble línea, pero no es la óptima desde un punto de vista pedagógico ni cognitivo. Suele esgrimirse como argumento a favor de la escolarización en una u otra lengua que lo que se está defendiendo es la libertad de elección de los padres. Es un argumento que carece de peso si tenemos en cuenta que lo que importa es el bien de los hijos. A estas alturas, además, nadie defiende que la escolarización, sea en catalán o en castellano, deba seguir el criterio de la lengua materna o paterna. Es más, la experiencia muestra que, cuando tal opción se ofrece, la inscripción en una u otra lengua no se corresponde siempre con la lengua familiar. Cada vez son más las familias mixtas que combinan dos lenguas en casa, y no necesariamente el catalán y el castellano. Si el criterio debiera ser el de la lengua materna, ¿cómo habría que escolarizar a los hijos de árabes, chinos, japoneses o alemanes?

Un indicio claro de que lo que prima en las discusiones sobre la inmersión lingüística es la querencia de los padres y no los criterios pedagógicos o, sencillamente, el bien y el futuro del niño, lo tenemos en la incoherencia que muestran los defensores de una u otra opción cuando pasan de la teoría a la práctica. Políticos que se rasgaron las vestiduras cuando la LOU propuesta por el PP pretendía que algunas asignaturas (por ejemplo, física, biología o historia)

se dieran en castellano, no dudaron en mandar a sus hijos a escuelas en las que se combinan las asignaturas en castellano y en inglés o en preferir que sus hijos estudien directamente en escuelas inglesas, francesas o alemanas. ¿Qué autoridad tiene el argumento de la lengua materna a favor de la inmersión lingüística cuando quienes lo defienden prefieren en realidad escuelas extranjeras para sus hijos?

En definitiva, lo que habría que procurar es una inmersión lingüística que no supusiera la marginación de los castellanoparlantes ni la incompetencia de los catalanoparlantes en el habla y la escritura de la lengua castellana. Para conseguirlo y para que sea posible una inmersión eficaz y satisfactoria habría que aceptar una condición básica que, por lo que nos consta, no ha sido contemplada hasta ahora por ninguno de los promotores de la política lingüística catalana. Nos referimos a la introducción de una flexibilidad que adapte la política a las distintas situaciones que se dan en la sociedad.

Aceptada la hipótesis del bilingüismo existente y la de que éste es practicado de forma desigual por unos y otros, debido mayormente al entorno en el que cada cual vive, un modelo unitario y rígido de política lingüística no podrá ser satisfactorio ni representará un bien para las generaciones futuras. Dado que la lengua vehicular de las escuelas es el catalán, no es una buena política de inmersión la que, en todos los casos, relega al castellano a un par de asignaturas (en primaria) y ninguna (salvo la lengua castellana) en secundaria. Con esta lógica, que condena al castellano a ser vista como lengua extranjera o como lengua marginal, todos los alumnos acaban perjudicados. Los que ven como lengua más propia el castellano, porque sienten que esa lengua es tratada como una lengua extraña. Más perjudicados, sin embargo, desde el punto de vista de oportunidades profesionales, son los catalanoparlantes. Deberían ser los padres de éstos últimos los que reivindicaran más horas de castellano a fin de que adquirieran, no un conocimiento de dicha lengua que, sin duda, todos tienen, sino una fluidez aceptable oral y escrita que no todos acaban teniendo. No es lo mismo vivir en Barcelona y en un entorno familiar que combina las dos lenguas que vivir en localidades de la Cataluña profunda donde ni siquiera en la época franquista se aprendía fluidamente a hablar castellano.

Lo que se requiere es, pues, más flexibilidad, una condición, hay que reconocerlo, que complica la aplicación de cualquier política. Pero que la hace, a su vez, más inteligente y más realista, más “atenta a las diferencias”. ¡Gran recurso el de las “diferencias”!: abusamos de él cuando la diferencia que hay que potenciar es la de Cataluña frente a España

pero lo ignoramos cuando hay que poner de manifiesto las diferencias internas de Cataluña. En algunos países, como Marruecos, han resuelto la enseñanza bilingüe dividiendo el horario escolar en dos: por las mañanas se enseña en francés y por las tardes en árabe. Es sólo un ejemplo para mostrar que son diversas las formas de promover y preservar el bilingüismo si realmente es ese el objetivo y no, por el contrario, promover el monolingüismo.

Medios de comunicación

Nos hemos limitado a hablar de la educación porque, ya lo hemos dicho, es ese el ámbito en el que tiene lugar mayormente la inmersión lingüística. Pero no podemos olvidar los medios de comunicación y, sobre todo, los audiovisuales, una fuente de socialización innegable y la única fuente de información para la mayoría de personas. Que la televisión y la radio son de máxima importancia para lograr el objetivo de expansión del catalán lo tuvieron claro quienes propugnaron la puesta en marcha de una radio y televisión públicas nacionales catalanas. La normalización lingüística es el primer objetivo, si no el único, de dicho medio. Y, en consecuencia, los medios públicos van dirigidos a un público que quiere sobre todo televisión en catalán. (¡Y que se interesa únicamente por la meteorología de Cataluña, Valencia y Baleares!).

De la misma forma que la administración catalana es monolingüe, también lo son la radio y la televisión públicas. A nadie le preocupa el hecho de que el 45% de la población no siga la información de la televisión pública sino la de otras cadenas españolas que no sólo ignoran la realidad catalana vista desde dentro sino que, en algunos casos, se dedican, con inusitado fervor, a incitar actitudes anticatalanas. ¿Es esa la manera de procurar que una buena información llegue a todos los ciudadanos de Cataluña, una de las misiones fundamentales que debería contemplar cualquier medio de comunicación público? ¿A quién favorece dicha ceguera ante la realidad? ¿No sería más razonable considerar que los medios públicos deben ser auténticamente plurales y expresar la diversidad lingüística y cultural existentes en la población con una programación bilingüe y no monolingüe? Con la digitalización, que permitirá una mayor diversidad de canales, no hay excusa para no tener en cuenta tal opción.

Tenemos un gobierno de izquierdas, lo que para quienes lo han votado significa una nueva oportunidad para dar un giro a algunas políticas sectarias y poco sensibles al pluralismo social y cultural. Hagamos de la necesidad virtud y aceptemos la realidad bilingüe, promiscua, de Cataluña. Pensemos, sobre todo, en los beneficios que dicho pensamiento reportará a las nuevas generaciones. La neurobiología afirma

que crecer con dos lenguas tiene beneficios cognitivos importantes, además de que prepara a la persona para el aprendizaje de otras lenguas. El primer pacto que habría que hacer desde Cataluña no es con los gobiernos centrales –lo que solemos denominar “Madrid”–, sino con los propios catalanes, que han ido adquiriendo una confusión notable con respecto a la realidad lingüística y a lo que debemos hacer con ella, y que, en cualquier caso, manifiestan posiciones que están lejos de ser uniformes. Asumamos que Cataluña tiene dos lenguas, que ése es su hecho diferencial y lo que la enriquece.

En absoluto queremos negar que, en el mundo globalizado en que nos movemos, las lenguas minoritarias precisan de una especial protección. Pero, para que la protección sea real y eficaz, deberíamos buscar primero la complicidad de todos los españoles. Tendrá más protección el catalán si puede ser oído y aprendido fuera de Cataluña, incluso fuera de España, que si nos empeñamos únicamente en hacer individuos monolingües en Cataluña. Tengámoslo claro: el catalán tendrá entrada en Universidades extranjeras si va de la mano del castellano, no si va en solitario. Lenguas minoritarias como el noruego o el finlandés tienen menos opciones que el catalán de entrar en los departamentos de Universidades extranjeras porque carecen del apoyo de una lengua más extendida. Lo que Cataluña ha de cultivar como contrapartida a su presencia en el mundo es dejar de considerar el castellano como algo ajeno que debe ser marginado, como lo ha sido ya del espacio político-administrativo.

Pero hay algo más importante: no utilicemos a los niños para justificar nuestros debates. No les pidamos a ellos, a las generaciones futuras, que resuelvan una cuestión endémica que se ha convertido en problema porque así lo ha querido un puñado de políticos pero que nunca lo fue realmente. Tan lamentable es la demanda persistente de algunos padres que solicitan escolarización sólo en castellano para sus hijos como la de aquellos otros que se lamentan de que sus hijos hablen castellano con sus compañeros de clase. Afortunadamente, son pocos los que mantienen posturas extremas; la mayoría quisiera beneficiarse de la promiscuidad lingüística, una situación casi única en el mundo, con beneficios educativos envidiables si se la utiliza para sacar partido en beneficio de todos.

Victoria Camps es catedrática de Filosofía moral y política de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Anna Estany es catedrática de Filosofía de la ciencia de la Universidad Autónoma de Barcelona.